

en serie y en celdas impenetrables, como los tarugos en la serradora, y cosido con la futura máquina Sínger, a veces de cosas que no comprenda ni se crea tener y sin la presencia de un corazón amigo que le conforte y ayude. El hombre masa, víctima de su técnica, se verá medido en la más horrible máquina, y si antes dudó de la existencia del infierno y pudo sonreír, ahora lo tendrá de seguro, y sintiendo en su carne el hervor de la pez de las nuevas calderas de Pedro Botero volverá a considerar lo de la inquisición como favorable trato de hermanitas de la caridad.

Con don Antoliano y con las cantareras se van no sólo sus personas, volatilizadas en esas monstruosas volutas de la irrespirable humareda, se van también, y sobre todo, el sentimiento humanitario y la confraternización entre las personas, la afinidad amorosa, la conciencia del deber, el respeto y ayuda mutuos y el sacrificio que fuere menester hacer por el prójimo. Se va, pues, todo lo que ennoblecía la vida, y queda en su lugar el hombre entre choques de hierros que le triturarán los huesos fríamente.

El sentimiento que reina en la Mota y fuera de ella por el alejamiento de don Antoliano está plenamente justificado, aunque la proximidad del acontecimiento y su naturalidad no permitan todavía valorarlo en toda su magnitud.

Con el tiempo y con los cambios se notará más la falta del hombre bueno y servicial, preocupado por las familias y sus problemas de cualquier índole y dispuesto a toda hora para enfrentarse con ellos y llevar el alivio o el consuelo a sus convecinos con su ayuda o su consejo.

En ninguna ocasión ha sido fácil la sustitución de un hombre de esas cualidades, pero ahora es imposible, y los pueblos, que, a pesar de todo, no pueden hacer tabla rasa de sus necesidades de buenas a primeras, lo echarán mucho de menos, como se echa a don Federico en la Puebla, a don Paco en Pedro Muñoz, don César en Villafranca, Pavón en Villarta y don Florentino en Criptana.

En todos ellos campeó el espíritu romántico primosecular y la silueta de sus personas contemplada de lejos en las calles de sus pueblos, que eran suyos de verdad, atemperaba los espíritus y daba tal sensación de amparo y seguridad, que nadie creía pudiera suceder nada malo que fuera evitable. En ninguno de ellos faltaron los rasgos culturales de finura espiritual.

Don Florentino, subiendo y bajando las cuestas de Criptana, era la imagen rediviva de don Antonio Cánovas del Castillo.

Un día llamó a don Paco una señora muy señoreada y muy conocida suya y mía, que al decirle podía estar embarazada se enfureció diciendo que cómo podía ser. Don Paco, con aquella comprensión, aquella tolerancia y aquel hacerse cargo de las cosas, le recordó bonachonamente el misterio de la Encarnación, y el tiempo la convenció.

Don Antoliano pasea por la Mota, con la debida calma y un vago mirar de remota introspección, su mente imaginativa, que delinea en su alma las visiones borrascosas del manchego inmortal y le permite dejar en toda ocasión y sobre cada tema el recuerdo histórico, la cita literaria o la rememoración arqueológica que hacen florecer con brillos de idealidad los problemas vulgares que le plantean sus paisanos y quedarán en la Mota como las historias de don Antoliano, inmortalizando su re-